

## Igual de diferentes

---

Elena cerró con fuerza la puerta del ascensor. Cruzó el palier del edificio sin saludar al encargado que, acostumbrado al desaire habitual, igual deslizaba una frase cortés mientras lustraba el bronce de la entrada. Sin detenerse ni siquiera a mirarlo, Elena pensó:

—¡Este petiso si que no tiene problemas! Le pagamos el sueldo, le damos techo y encima la gorda de la mujer le hace esos mondongos que apestan todo el edificio. Mas vale que no coincida con una noche que Alberto me traiga gente a cenar, porque ahí sí que me voy derecho a la administración y lo hago poner de patitas en la calle a él y a toda su prole, que se vuelvan a su provincia, ¡sí, señor!

Mientras encendía el motor del auto, Elena observaba como el encargado bromeaba con un vendedor ambulante. Forcejeó con la palanca de cambios, que se negaba a obedecerla y avanzó rumbo a la avenida...

El primer semáforo en rojo la depositó frente a la vidriera de una casa de cambio. Observó las distintas cotizaciones y exclamó con rabia:

—Pero este inútil de Alberto me aconsejó que cambie los euros por dólares y ahora cada vez valen menos... Yo no sé cómo habrá hecho la plata este tipo antes de casarnos, porque en los últimos años es un fracaso tras otro... —mientras Elena movía su cabeza hacia ambos lados, se percató de que de un auto contiguo se reían al verla gesticular sola.

Descargó su rabia con la maltrecha caja de cambios y quiso avanzar, pero notó que aún se encontraba cruzando un anciano en muletas que se desplazaba con extrema dificultad y lentitud. Elena empezó a tamborilear con sus dedos sobre el volante, tratando de contener su creciente impaciencia. Sólo lo consiguió por unos instantes, luego explotó, presionando con ambas manos la bocina del automóvil. En cuanto pudo lo esquivó, dejándole de recuerdo un rosario de variadas maldiciones.

Pocas cuadras después, al llegar cerca de una plaza, buscó un lugar donde estacionar y apagó el motor del auto. Desde su asiento, observó cómo su hijo, Hernán, ayudaba a armar los puestos de artesanías junto a sus amigos. Mortificada, Elena apartó la vista y abrió la guantera del auto. De su interior extrajo una antigua foto que mostraba a Hernán con uniforme de colegio y el pelo bien corto, peinado para atrás. Estiró su dedo índice y acarició su pequeño rostro hasta llegar a la corbata escocesa, cuando una lágrima acusadora le tornó nublada la visión. Posó una mano sobre la manija de la puerta mientras pensaba en ir a abrazarlo y pedirle disculpas. Pero no se movió del asiento. Le sobraba culpa, pero le faltaba coraje. Se justificó pensando que ella solamente le quiso abrir los ojos. Eso, abrir los ojos:

—Acaso una madre, después de no sé cuántos años de colegios caros, ¿no puede decirle a su propio hijo que su novia es una hippie roñosa y que vendiendo artesanías se va a morir de hambre, eh? —ese argumento la envalentonó aún más y afirmando con su cabeza, continuó:

—Ya cuando se le acabe la plata va a volver... y me va a tener que pedir disculpas él, ¡sí señor!

Aceleró a fondo y enfiló su marcha hacia el shopping. Al llegar al concurrido centro comercial, observó que el único lugar disponible en el estacionamiento era el reservado para personas con alguna discapacidad física. Segura de que no demoraría mucho y de que ningún guardia estaba cerca, aparcó con rapidez y, sigilosamente, descendió del vehículo.

Cuando iba a cruzar la calle para ingresar al centro, sintió una tenue voz que le decía:

—Disculpe la molestia, ¿me puede ayudar a cruzar?

Elena giró su cabeza, sobresaltada, y observó a un hombre que con lentes oscuros y un bastón blanco en su mano, aguardaba por una respuesta. Inmediatamente, ella apretó la cartera contra su cuerpo y, presurosa, cruzó la avenida simulando no haberlo escuchado.

Un par de horas, y unas cuantas compras después, Elena salió del shopping, segura de que no había terapia mejor que la tarjeta de crédito para combatir su habitual depresión. Al llegar al

estacionamiento, la sonrisa se le esfumó de su rostro. En el parabrisas de su auto habían colocado un papel rectangular. Resignada a encontrar una merecida multa por su infracción, tomó el papel entre sus manos. Grande fue su sorpresa cuando vio, con alivio, que sólo se trataba de un folleto publicitario. Pensando si podía aprovechar alguna oferta más, antes de partir, leyó el papel que ofrecía “una línea de atención psicológica gratuita las 24hs” y que estaba firmado con las siglas “F.T.S.D.”.

Resopló arrugándolo, y en el momento en que lo iba a tirar, observó que una niña de ropas humildes, colocaba idénticos papeles en los parabrisas de los autos vecinos. Al ver cómo apoyaba sus manos en los vidrios de los lujosos coches, se acercó para retarla y devolverle el folleto:

—¡Escuchame! ¿No ves que ensuciás todos los autos con tus mugrosos papeluchos?

La chica, que se encontraba de espaldas, ni se inmutó y continuó su labor. Eso irritó aún más a Elena, que exclamó agitando el papel:

—¡Cuando lleve a lavar el auto, te voy a traer el ticket...!

No llegó a terminar su frase, cuando vio que, a lo lejos, uno de los guardias comenzaba a acercarse hacia allí. Recordando su infracción, olvidó a la chica y regresó con prisa a su automóvil. Minutos después, cuando salía del estacionamiento, observó por el espejo retrovisor cómo la chica, sonriente, conversaba por señas con el guardia del lugar.

Ofuscada, Elena abrió su cartera y buscó su pequeña petaca de whisky. Dio un par de sorbos largos y recordó comprar chicles que disimularían cualquier rastro delator en su aliento.

Esa noche en su casa, luego de probarse la ropa nueva ante la indiferencia de Alberto, que dormitaba frente al fútbol del televisor, Elena confió en que unos tragos la ayudarían a conciliar el esquivo sueño.

A las dos de la madrugada y con la botella casi vacía, Elena apretaba su llanto contra la almohada, mientras los ronquidos de Alberto llegaban desde la otra habitación. Pensó en las pastillas, pero sabía que, últimamente, una no era suficiente. Imaginó que tal vez dos, tres o diez, tampoco alcanzarían. Quizás el frasco entero sí le fuese efectivo.

Decidida comenzó a revolver el interior de su cartera, en busca de los somníferos, pero se topó con el bollo de papel del folleto. Ya ni lo registraba. Cuando lo abrió, vio el número de teléfono encima de una inscripción que indicaba: “Inténtelo, podemos ser su ayuda”. Se quedó unos instantes observándolo, mareada por los efectos del alcohol. Al caer sobre la cama, estiró su brazo hacia el aparato y marcó, casi sin ver los números que presionaba.

Pocos segundos después, del otro lado de la línea, una voz suave y masculina le respondió:

—Fundación, buenas noches. Confíe en nuestra ayuda, ¿sí?

Elena se quedó en silencio. Amagó a cortar la comunicación, pero escuchó:

—Por favor, ayúdese y no cuelgue, podemos intentar conversar, ¿sí?

—Eh... —respondió Elena, entre dubitativa y borracha.

El hombre pareció animarse:

—Bien, ya dimos un primer paso juntos. Mi nombre es Rodolfo, ¿con quién tengo el gusto de dialogar?

—Ah, sí, eh..., Elena...

—Elena —repitió la voz—. Perfecto. Simplemente conversemos de lo que usted quiera.

Mientras el techo de la habitación giraba sobre su cabeza, Elena balbuceó:

—Es que..., no tengo ganas de hablar. Ni sé para qué llamé, perdón...

—Por favor, Elena —terció la voz con firme dulzura—. No le pedí que me contara sus problemas, simplemente le propuse que charlemos de algo que le guste, por ejemplo: libros, música, pintura, teatro...

—¡Pintura! —exclamó Elena— Hace mucho que nadie me habla de pinturas —su tono de voz se ensombreció—, pero no sé si usted sabe o le gusta el tema.

—¡Pero claro, Elena! Podemos hablar de arte abstracto, impresionismo, grabados, ¿cuál es sus estilos o artistas favoritos?

—Ah, sí —sonrió Elena iluminada—, lo mío siempre fue el cubismo, obviamente Picasso. Cuando yo estudiaba...

Prosiguió la conversación un buen rato hasta que Rodolfo percibió que Elena se había quedado dormida, con el auricular del teléfono descolgado.

A la mañana siguiente, el espejo del baño reflejó que Elena se había levantado con mejor semblante. Entre sueños creía recordar haber hablado con un tal Rodolfo, antes de dormirse plácidamente y descansar como hacía mucho tiempo no lograba.

Ese día, Elena trató de encararlo de buen ánimo. Hasta pensaba pasar por la tienda a comprar una biografía de Picasso, pero una agria discusión con Alberto durante el desayuno, demolió cualquier intento de mejora en su humor, que se fue oscureciendo con el correr de las horas. Nadie se salvó de su ira, ni el encargado, ni la vendedora de la panadería. Tampoco el “Testigo de Jehová” que le tocó el timbre para leerle la Biblia. Todos recibieron una andanada de críticas o algún tipo de maltrato verbal.

El temor que sentía Elena por la proximidad de la noche, y con ella del insomnio, acentuaba la frecuencia y duración de sus tragos. Pero, esta vez, no esperó humedecer la funda de la almohada para llamar a la Fundación. Tampoco tuvo que aguardar a que su marido roncara para poder conversar a solas. Alberto llegaría tarde de esa “nueva reunión de negocios”.

Decidida, tomó el teléfono y con ansiedad esperó escuchar la voz de Rodolfo, pero se sorprendió al percibir una voz femenina:

—Fundación, buenas noches. Podemos intentarlo, ¿le parece?

Elena no contestó y estiró su brazo para cortar, pero la idea de padecer una nueva noche le pareció un desafío difícil para afrontarlo sola:

—Ah, sí, eh..., ¿qué tal? —dijo Elena, con voz avergonzada— ¿Rodolfo se encuentra?

Una cálida voz le respondió:

—Mi nombre es Ana. Rodolfo se encuentra atendiendo otra llamada, pero, por favor, haga de cuenta que habla con él...

—Lo que pasa es que yo ayer había hablado con ..., no importa, discúlpeme, eh..., dígame que lo llamó Elena.

—Elena, si me da una oportunidad verá que podemos conversar sobre lo que usted necesite o simplemente lo que quiera.

Elena recordó los cuadros que pensaba mencionar a Rodolfo, pero prefirió reservarlos para él, así que le pidió a Ana que le sugiera algún tema ameno.

—Ningún problema, Elena. Le puedo proponer hablar de deportes o juegos, por ejemplo: tenis, bridge, paddle...

—¡No, tenis está perfecto! ¿Ana me dijo que se llama usted, no? —preguntó Elena con menos tensión en su voz.

Nuevamente, luego de contarle a Ana sus épocas de jugadora federada y unas cuántas anécdotas, el sueño terminó por vencerla. Pero esta vez alcanzó a dar las gracias y colgar antes de descansar, tan relajada que ni siquiera escuchó el ruido de las llaves de Alberto al llegar.

Por primera vez en mucho tiempo, ya ni recordaba cuánto, Elena despertó con una sonrisa. Estiró sus brazos en la cama, desperezándose lentamente. Ese día tenía planeado ir a buscar profesor de tenis o algún club donde recuperar el tiempo perdido. Mientras pensaba dónde estaría guardada su vieja raqueta, saludó al encargado del edificio, logrando que se tropiece con la escoba, sorprendido.

Cuando puso en marcha el auto, ya estaba decidida a que ese sería un día especial, sería el día de dar un primer paso que había postergado en numerosas ocasiones...

Pocos minutos después, bajó del vehículo justo frente a la plaza y sin decir ni una palabra, fue directo a abrazar a su hijo, ante la atónita mirada de los demás artesanos. Hernán la abrazó con fuerza, pero la miraba confundido. Elena suspiró hondo, apretando los ojos emocionados para no quebrarse:

—Disculpame, Hernán. Tengo que aprender a respetar tu vida.

—¡Vieja! Todo bien, pero no entiendo nada... ¿qué bicho te picó?

—Mirá, tomalo como que recibí algo de ayuda que me vino muy bien...

—Buenísimo —contestó Hernán—, dales las gracias de mi parte... —cuando notó que sus amigos lo miraban extrañados, Hernán agregó— Vení, vieja, que te presento a los chicos, bah..., —dudó— perdón, ¿te puedo decir “vieja”?

Elena, sonriendo, revolvió con su mano el pelo de Hernán y saludó a los amigos de su hijo, incluyendo a su novia. Antes de irse, prometió que les recomendaría las artesanías a sus futuras compañeras de tenis.

Cuando regresó al auto, sintió como si hubiera descargado una tonelada de sus espaldas. Ahí sí pudo agotar la caja de pañuelos descartables, que siempre la habían auxiliado pero por causas mucho más sombrías. Se tomó unos minutos, como le había indicado Rodolfo, entre sueños y cuadros, para serenarse y no caer en una efímera euforia que desembocara en una recaída.

Pero había algo de lo que dijo Hernán que le había quedado rebotando en su mente. La parte de “dar las gracias”. Era algo que siempre le había costado. Pero esta vez, si quería cambiar y enfrentar los problemas, debía hacerlo, aunque sea a su modo. Pensó en Rodolfo y Ana. Sabía que todavía le faltaba muchos pasos por dar y que seguramente recurriría a ellos varias noches más. Igualmente quería retribuirles, tal como pidió “su” Hernán.

Un llamado no sería suficiente y la delataría. Ella quería que sea algo anónimo y desinteresado, para que no piensen que ella quería algún tipo de atención privilegiada. Pero solamente tenía el teléfono, debía conseguir la dirección. Cuando notó que se estaba fastidiando al no poder cumplir su anhelo, trató de calmarse nuevamente, para poder ver, como le dijo Ana, las cosas más claras y simples.

Mirando unos minutos el arrugado folleto, que la acompañaba a todas partes, recordó a la chica del estacionamiento:

—¡Ella los repartía, debe saber algo!

Horas después se encontraba transitando un barrio humilde, siguiendo las indicaciones que había escrito con torpeza, tratando de interpretar las señas que le hacía la niña. Si Elena había entendido bien, se encontraba frente a una vieja casa que sería sede de la Fundación.

Ya estaba oscureciendo cuando descendió del vehículo, con el temor de estar cometiendo una locura. Pero no se permitió ni dudarlo y avanzó, caminando resuelta, hacia la puerta de entrada. Cuando ingresó al pasillo de luz tenue, vio un papel pegado en la pared que, escrito a mano, “Fundación Todos Somos Diferentes – F.T.S.D.” y que señalaba con una flecha hacia el fondo del corredor.

Elena tanteó en vano la pared, buscando algún interruptor que ilumine el pasillo, y se aseguró de haber bajado del auto la artesanía que había comprado un rato antes. Una silueta en el estrecho corredor y un curioso repiqueteo la sobresaltaron, pero sólo se trataba de un hombre que caminaba, en dirección contraria hacia ella, golpeando su bastón blanco contra las paredes. Cuando pasó a su lado, Elena trató de observarlo en la penumbra, pero pronto se vio encandilada por la luz que brotó al abrirse la puerta de la Fundación.

Apenas tardó un instante en reconocer la voz familiar de la mujer que, desde una silla de ruedas, exclamaba sonriente:

—¡Rodolfo! Te olvidaste las llaves...

FIN

### **Postfacio:**

Nacido a partir de la consigna de un concurso uruguayo donde obtuvo una mención de honor, me significó el desafío de cambiar de género sin caer (creo) en los clichés típicos del tema. Fue escrito a mano en una noche e hizo fugitiva algunas lágrimas de lectores sensibles. Recomendado: “La Navidad de Luis” del maestro Gioco.